

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 895 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 16 DE NOVIEMBRE DE 1907

NUM. 43



## LAS MONEDAS DE COBRE

CONTINUACION

Yo, gratamente impresionado, eché de menos en aquel momento al divino Rafael de Urbino que hubiera sabido sacar gran partido de aquella poética escena. Cuando llegué a Parma, á pesar de mi obstinación en negar crédito á lo que me habían contado del

pintor que firmaba *Lieto*, tomé el camino de la catedral y pregunté si estaba allí *Lieto* trabajando. Entonces me dijeron que su verdadero nombre era Allegri de Correggio y que ya no usaba su primera firma, y me aconsejaron que fuera desde luego á la iglesia de



San Juan, donde podría ver la Ascensión pintada por él. ¡Ay, amigos míos, que admiración tan grande me produjo la contemplación de aquella obra maestra!

El pintor Allegri había representado esta escena con una nobleza y una grandiosidad divinas, triunfando de todas las dificultades que ofrece esta ciencia de la pintura de techos, donde la inspiración tiene que luchar con todas las exigencias del escorzo.

Los apóstoles, sobre todo, llenos de estupor, ofrecían una grandiosidad de movimiento admirable, y este hombre, que ha tratado este asunto con tan poderosa concepción y con esta ejecución soberbia, no conoce los modelos del arte antiguo, según dicen.

—¡Oh, no!—exclamé yo al salir de San Juan.—Y fui corriendo á la catedral para ver la cúpula donde Allegri había puesto su obra maestra. Sí: obra maestra, audacia sublime del genio era esta cúpula. ¡Aquello es el cielo! Ante la luminosa Asunción, los apóstoles están inclinados; la Virgen, que parece flotar en el éter, se eleva en medio de grupos de ángeles; los unos la sostienen; los otros vuelan en derredor, derramando por los aires miles de flores; éstos agitan antorchas ó queman perfumes; aquellos tañen instrumentos de los que parece que se escuchan los celestiales acordes. ¡Fiesta divina! ¡El cielo mismo!

Lleno de una exaltación que nunca he experimentado como entonces, abandoné la catedral, preguntando al primero que encontré en mi camino dónde podría encontrar al pintor, al poeta, al grande hombre que había dotado á la catedral de Parma de esta Asunción, ¡al divino Allegri...!

Dijéronme que vivía en Correggio, su pueblo natal, y yo no cesaba de preguntar detalles para averiguar si aquel talento, aquel genio había logrado los favores de la fortuna.

—¡Ay, no!—contestaban:—si su-

perais lo que le han pagado por esa cúpula que tanto os maravilla...

—Esa obra—respondía yo—no puede ser pagada más que por el Santo Padre ó por un emperador.

—Pues bien—me contestaron;—sabad que no le han dado más que..

Aquí maese Gambessa se detuvo, y dirigiéndose á Barrocino y á Monchristian, les dijo:

—¡Adivinad el precio!

Callaron ellos, y Gambessa continuó:

—¡Treinta y tantos zequies! ¡Treinta y tantos, Monchristian! Poco más de treinta, hijo mío, que á ti te ha valido una copia de un cuadro de ese mismo maestro. ¡Después de esto sueña con coronas de oro sobre el ara de las artes!

Después de unos momentos de silencio continuó Gambessa:

—Ya no había ni fiebre ni peste ni guerra que pudiera detenerme, y tomé resueltamente el camino de Correggio. Caía la tarde, y me encontraba á 200 pasos del pueblo, cuando hallé en mi camino á un hombre que llevaba sobre sus hombros un gran saco de cuero. Agobiado, rendido, se sentó al pie de un árbol, cuando pasó cerca de él un muchacho cantando. Aquel muchacho se ofreció á llevar su carga, contentándose con cuatro monedas de cobre.

—¡Ahl—dijo entonces Monchristian,—ya llegamos al punto culminante de la historia.

—Sin que el hombre ni el muchacho se dieran cuenta, yo los fui siguiendo. La fisonomía de aquel hombre no me era desconocida, y en efecto, era aquel que había yo sorprendido en dulce meditación ante aquel precioso cuadro de la madre que derramaba flores sobre su bello querubín.

Después de una media hora de camino, el hombre y el chico entraron en humilde vivienda, y una mujer decía:

—¡Cómo, mi pobre Antonio!

¿Vienes enfermo?

Continuad.

## EL VENCEDOR DE LEPANTO

A la á mediados del siglo xvi, vivía en el modesto pueblo de Leganés, á dos leguas de Madrid, que todavía no era corte de los reyes de España, un niño al cuidado de un clérigo llamado Bautista Vela y de una mujer llamada Ana de Medina. El niño hacía la vida de los hijos de los labradores, y con ellos alternaba y se entretenía en sus infantiles juegos.

Nueve años tendría el muchacho cuando un señor de la corte, D. Luis Quijada, fiel servidor del emperador Carlos I, vino á buscarle y se lo llevó á su casa de Villagarcía. El motivo de este cambio de domicilio del niño fué que en aquel pueblo no se tenía con él el cuidado necesario ni se le daba la educación conveniente.

En la casa de don Luis Quijada recibió otra educación y aprendió otras costumbres más finas que en el pueblo, encomendado al cuidado de la esposa de D. Luis, doña Magdalena de Ulloa, hermana del marqués de la Mota, y señora de mucha distinción, talento y virtudes.

Mucho la encargó su marido que le tratara como hijo propio, pues lo era de persona muy importante, á la que tenía grandísimo afecto. Allí permaneció el niño, haciéndose querer de cuantos le trataban, por sus excelentes condiciones, y revelando las más bellas aptitudes para ser algún día un noble capitán, cumplido y gentil caballero.

El Emperador, renunciando la corona en favor de su hijo Felipe II, se había retirado al monasterio de Yuste, y un día vino don Luis de Quijada á buscar al niño Juan, que éste era su nombre, para llevarlo como paje suyo y presentárselo al Emperador.

A Juanito le asombró y le llenó de placer la bondad y el cariño con que el Emperador le recibía ésta y las otras veces que fué á visitarle á Yuste como paje de D. Luis.

Fueron pasando los años, y al cumplir Juan los catorce, una mañana del mes de Junio, precisamente la del día de su santo, iba el muchacho cabalgando en una jaca blanca

al lado de D. Luis, que regía un hermoso trotón flamenco, regalo del Rey, y ambos se dirigían al convento de Espina por el camino de Valladolid á Medina del Campo.

—En este monasterio á que nos encaminamos—le dijo D. Luis—es fama que á los que le visitan les profetizan su suerte futura.

—¿Cómo?—exclamó Juan asombrado—¿me pronosticarán á mí también el porvenir que me espera en el mundo? ¿Qué gusto!

—No siempre es un gusto saber el porvenir, porque á veces encierra muy grandes males. En el convento dicen que le fué pronosticado al célebre D. Alvaro de Luna cuando se encontraba en el apogeo de su privanza, que había de morir en un público cadalso, y como D. Alvaro se riera de aquella profecía, que tenía por disparatada, el fraile le contestó: «Acordaos de mi nombre. Me llamo Fray Alonso de la Espina, y yo, señor, sólo yo os asistiré y absolveré en el último trance.»

—¿Y se cumplió?

—Se cumplió.

—Y creéis seguramente que á mí también me han de pronosticar el porvenir.

—Es muy posible que en efecto se decida hoy.

—¿Y se cumplió?

—Se cumplió.

—Y creéis seguramente que á mí también me han de pronosticar el porvenir.

—Es muy posible que en efecto se decida hoy.

El niño calló, preocupado, y pocos mo-



D. JUAN DE AUSTRIA



mentos después penetraban en el monasterio el caballero Quijada y su gentil pajecillo.

En el locutorio del convento se hallaba nada menos que el Rey de España, rodeado de frailes y de caballeros de su corte, y al ver á tan altas personas, el joven Juan quedó algo cortado de presentarse con el modesto traje que llevaba. El Rey le hizo acercarse, y le abrazó y besó con cariño en ambas mejillas, y quitándose la espada, se la ciñó al humilde pajecillo.

Júzguese cuál sería su asombro al ver esto; pero todavía creció en intensidad su admiración cuando vió al Rey quitarse del cuello el Toisón de oro y ponersele á él.

Parecíale que todo aquello era un sueño, cuando vió que los caballeros de la corte venían á él y le besaban la mano, inclinándose con el mayor respeto.

Sin poder contener por más tiempo su vivísima emoción, se arrojó en los brazos de D. Luis Quijada y le suplicó le explicase qué significaba aquella extraña é incomprendible ceremonia de que era objeto él, un humilde labrador de Leganés.

Entonces el austero monarca le dijo con enternecido acento estas palabras que ha conservado la Historia:

—Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Car-

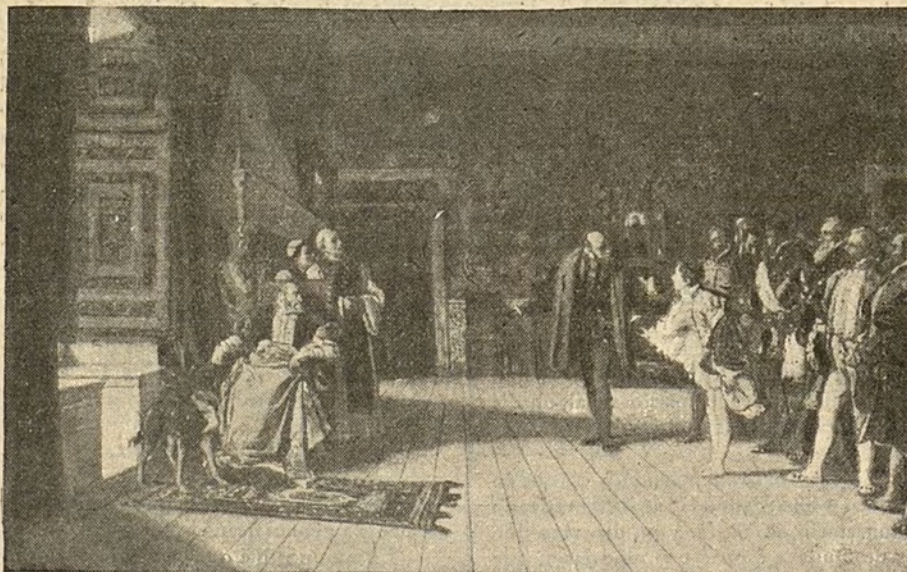
los V, que en el cielo vive, es mi padre y el vuestro.

De esta suerte vino á conocer su porvenir en el monasterio de la Espina el que desde entonces no se llamó Juan Quijada, sino Juan de Austria.

Terminada esta dramática escena (escribe un historiador) y hecho por los grandes el acatamiento debido al joven como hijo del Emperador y hermano del Rey, volvieron todos juntos á Valladolid, siendo aquel día de júbilo para la población, que afluía en masa al encuentro de la comitiva para conocer al nuevo príncipe.

Púsole el Rey casa y servicio, y mandó que solamente le diesen el tratamiento de excelencia por entonces; pero el pueblo por respeto y por costumbre le daba tratamiento de alteza.

A las Cortes que al año siguiente, 1560, se celebraron en Toledo para el reconocimiento y jura del príncipe D. Carlos, asistió D. Juan de Austria, en unión de toda la familia real, con un traje de terciopelo carmesí bordado de oro y plata. Difícil hubiera sido entonces á los vecinos de Leganés reconocer en aquel lujoso príncipe al pobre labradorcillo que tantas veces correteó con los más humildes muchachos del pueblo.



PRESENTACIÓN DE D. JUAN DE AUSTRIA A CARLOS V



## HISTORIA NATURAL. EL RINOCERONTE

**D**espués del elefante, es este animal el de más tamaño entre los que hoy existen, pues llega á medir cuatro metros de largo, desde el extremo del hocico hasta el nacimiento de la cola, y dos metros de altura. No es carnívoro y se alimenta de raíces y tallos, pero es tan voraz y necesita tanto alimento para sustentarse, que hace verdaderos destrozos en las plantaciones donde penetra.

Su cuerpo está revestido de una piel espesa y fuerte tan endurecida en algunos sitios de su cuerpo voluminoso, que forma una especie de escudos ó placas casi imposible de traspasar. Algo más arriba de la nariz tiene uno ó dos cuernos, según las especies, que constituyen una poderosa defensa, así por su tamaño y consistencia fortísima, como por la posición en que están colocados. Los del toro, por ejemplo, solamente protegen la parte superior de la cabeza y el cuello de la res; pero los del rinoceronte defienden todas las partes inferiores de hocico y protegen en todo ataque la boca y la faz. El tigre, dice el conde de Buffon, acomete con menos recelo al elefante, á cuya trompa se abalanza, que al rinoceronte, en el cual no puede hacer presa sin riesgo de ser abierto por el vientre, pues el cuerpo y los miembros están revestidos de una cubierta impenetrable, y este animal no teme ni las uñas del tigre ni las garras del león, ni el hierro ni el fuego del cazador; su pie es un cuero negruzco parecido al del elefante, pero más duro y más grueso, y es sensible, como el del elefante, á las picaduras de las moscas.

Contra esta última afirmación del ilustre naturalista, afirman otros más modernos que el rinoceronte tiene un enemigo terrible en un insecto cuyo aguijón tiene el temple suficiente para traspasar su durísima piel y ponerle desesperado.

Suele habitar el rinoceronte en la cercanía de las aguas y en los sitios pantanosos de los bosques de Asia y Africa, y gusta, como el cerdo, de revolcarse en el cieno; pero algunas especies viven también en los secos arenales africanos. Es animal de poco instinto, bastante orpe, y aunque lo general es que viva en parejas, aislado de los otros animales á quien no ocupa de perseguir, en determinadas ocasiones es feroz y verdaderamente temible.

Se le caza para utilizar su piel y los cuernos en la industria.



## EL ASNO MARAVILLOSO

Al pie de un árbol frondoso,  
á la orilla de un camino,  
tumbado en el santo suelo  
estaba un hombre dormido.  
Unos niños que pasaban,  
al verle así, en aquel sitio,  
dijeron:

—¡Vaya una mona  
que está durmiendo el amigo!  
Y un borrico que se hallaba  
junto á aquel hombre, les dijo:

—Este hombre no está borracho,  
porque en su vida lo ha sido,  
y es pecado el hacer esos  
juicios temerarios, niños.

Los chicos al ver á un burro,  
que hablaba con tanto juicio,  
lo mismo que una persona,  
huyeron despavoridos.

A poco, cuatro ciclistas,  
al pasar por aquel sitio,  
estuvieron á dos dedos  
de atropellar al dormido.

—¡Vaya un sitio de echar siestas;  
por poco no nos rompimos  
la crisma, por no arrollarle!—  
el más enfadado dijo.

A lo cual replicó el asno:

—Si corrierais con más juicio  
no os veríais en el trance  
en que ha poco os habéis visto.

Los ciclistas, asombrados  
de oír hablar á un borrico,  
se marcharon al momento  
tomándolo por hechizo.

Dos viejecillas del pueblo  
trayendo sus cantarillos,  
regresaban de la fuente;  
iban cortando un vestido,  
como se suele llamar  
al murmurar de lo lindo,  
y el jumento al escucharlas,  
dijo en tono compungido:

—¡Válganos Dios, hermanitas,  
y qué largas son de pico,  
y cómo ponen al prójimo  
doñas Siglos de los Siglos  
Las viejas así que oyeron  
la advertencia del pollino,  
estremecidas de espanto  
escaparon dando gritos.

Cuando llegaron al pueblo  
y contaron lo ocurrido,  
de que ya habían hablado  
los ciclistas y los niños,  
fué general el asombro,  
y todos, grandes y chicos  
tuvieron el caso extraño  
por diablesco maleficio.

Tanto se habló del suceso,  
que el alcalde, decidido  
á descifrar el misterio  
diabólico por sí mismo,  
se fué al sitio donde estaban  
el durmiente y su borrico.  
Aún se encontraba durmiendo,  
cuando fueron los vecinos  
con el alcalde y prendieronle  
con el asno del prodigio,  
para que explicara el caso  
ó purgara su delito.

—¡Porque eso de que los asnos,  
que allá en los tiempos antiguos  
de la fábula charlaban,  
sigan charlando lo mismo  
en los tiempos que corremos,  
es cosa del enemigo!  
Así hablaban los del pueblo,  
cuando el hombre muy tranquilo,  
le dijo al señor alcalde  
un recadito al oído:

—El burro no habla ni parla  
y lo que piensan que ha dicho  
lo he dicho yo.

—¿Cómo es eso?

—¡Señor, porque soy ventrilocuo!

# AS AVENTURAS DE QUICO

CONTINUACION



No tardó en escuchar no muy lejos de allí tristes llantos de niños.



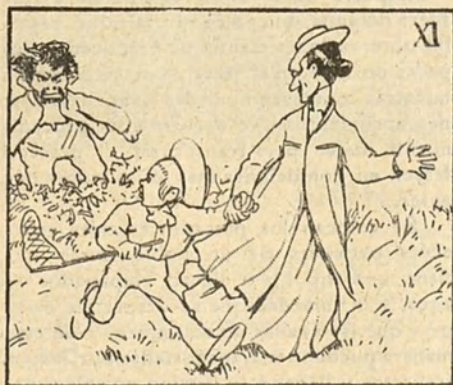
Inmediatamente fué á dar de ello conocimiento á la miss, que abrió espantada los ojos.



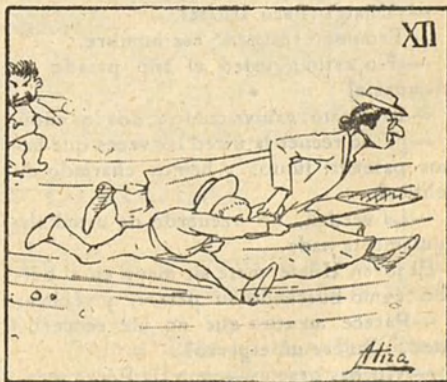
Desde el matorral pudieron ver claramente al Pelón, un terrible ladrón de niños.



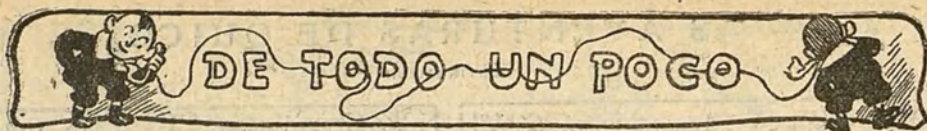
Verle y salir huyendo precipitadamente de aquel lugar peligroso, fué todo uno.



Pero al volver la cabeza en su fuga, vieron que el terrible Pelón los seguía.



La carrera que Quico y la miss emprendieron entonces fué vertiginosa.



## **BENEFICIOS** **DE LA RISA**

Cada vez que hacemos este extraño gesto, que sólo pertenece á la raza humana, pues los animales no rien jamás, hacemos un gran bien á nuestro cuerpo. No hay una sola parte de nuestro organismo que no reciba una oleada de sangre en la convulsión de una alegre carcajada.

El principio de la vida va á renovar así toda nuestra carne: la circulación más rápida impresiona todo el organismo. Ríamonos, pues, de buena gana.

## **CUIDADO CON** **LOS RATEROS**

Comentando esta advertencia, que con otras varias prevenciones figura en los tranvías, decía un caballero muy pagado de sí mismo que con él no rezaba el consejo, porque era lo suficientemente listo para no dejarse escamotear las cosas sin advertirlo, y como algunos le ponderasen la habilidad que los rateros de profesión tienen para sus fechorías, replicaba:

—Desengañense ustedes, que no les roban más que á los tontos.

Pocos días después de esto paseaba una mañana por Recoletos, cuando se le acercó un joven elegantemente vestido, que le tendió la mano diciéndole:

—Señor de Pérez, ¡cuánto tiempo sin tener el gusto de verle! ¿No me recuerda usted?

—No, señor; no le recuerdo—contestó Pérez muy tranquilo.

—¡Uñate! ¡Paco Uñate!

—Tampoco recuerdo ese nombre.

—¿No estuvo usted el año pasado en Mondariz?

—En efecto, estuve como todos los años.

—¿Y no recuerda usted las veces que hemos paseado juntos y hemos charlado de olítica?

—La verdad, no recuerdo de usted absolutamente nada.

El joven Uñate mete su mano en el bolsillo como buscando su petaca, y replica:

—Parece mentira que no me recuerde usted. ¿Quiere un cigarro?

—Muchas gracias—contesta Pérez secamente;—no fumo.

—Pues en Mondariz fumaba usted.

—Sí, pero lo he dejado ya—y sin más contestaciones hizo un saludo con la cabeza y se separó de su desconocido interlocutor.

Encontró á los pocos pasos á una señora amiga y se detuvo á saludarla, contándole lo que le había pasado.

—¿Ha visto usted qué impertinencia? He tenido que cortar por lo sano diciéndole que no fumo.

—Buena mentira, porque usted es un fumador tremendo.

—¡Ya lo creo! Hace tres días que me he comprado una petaca de oro que me ha costado 130 duros.

—¿Será preciosa?

—Va usted á verla.

Al tratar de sacarla del bolsillo, Pérez no encuentra su petaca y halla en su lugar una tarjeta en que está escrito con lápiz:

«Sr. Pérez, puesto que usted no fuma, para nada necesita la petaca, y me la llevo.»

## **PECES QUE VIVEN** **FUERA DEL AGUA**

A los que saben que los peces se ahogan fuera del agua, les maravillará la noticia de que existen unos peces siluroides que pueden pasar fuera del agua un día entero sin morir.

Estos animalitos tienen además la rareza de que dan gritos cuando se les quiere coger, y alguno de ellos llega á emitir sonidos parecidos á la flauta, por lo cual ha merecido el título de pez cantante.

Respecto de la conservación de la vida fuera del agua, bueno es advertir que, según las observaciones científicas practicadas, los peces no mueren al sacarlos de su elemento mientras conserven húmedas las agallas. Este descubrimiento sirve de base á un procedimiento nuevo para transportar el pescado fresco en condiciones más económicas que antes.

Se colocan los pescados en cajas especiales provistas de un doble fondo que tiene una esponja ó lienzo empapados de agua, y la humedad que se desprende basta para que las agallas no se sequen, y de esta manera pueden ser transportadas por largos trayectos y llegar á su destino no solamente frescos, sino vivos, con gran ventaja para los comerciantes y los consumidores.

